



La utilidad

de don Joaquín

Los literatos más viejos arriscamos la nariz cuando vemos que otros literatos se ponen de moda. Es probable que este fruncimiento tenga mucho de prejuicio y bastante de envidia, pero también tiene algo de fundamento. Sucede que los literatos más viejos le tenemos aversión a la farándula. No es que nos disguste ver modelos y actrices en paños menores o, mejor aun, sin paños ni mayores ni menores. Lo que sucede es que todavía tenemos la ilusión de que la literatura no es parte de la farándula. Tenemos la convicción, utópica quizás, de que la literatura está para otras cosas.

Lo concreto es que entre algunos programas de televisión y algunos suplementos literarios parece haber una alianza para farandulizar a los escritores y trivializar la literatura (note bien que no digo "festinar", que es otra cosa). Y nuevamente los viejos pensamos que si los mozalbetes se quieren frivolizar literariamente, es cosa de ellos, pero que no nos insustacialicen a los viejos. Y cuando se nos pasa el enojo y repensamos, decimos "bueno, que hagan lo que quieran; si eso significa que la gente va a leer un poco más, venga la tele, vengan los suplementos revis-teriles con más chismes que apreciaciones literarias. Así sucedió con Enrique Lihn, con Jorge Teillier y también con don Pancho Coloane, y más de alguien se maravilló con sus historias australes.

Ahora se está poniendo de moda Joaquín Edwards Bello (1887-1968), entre otras cosas, a propósito de un libro reciente, y digno de leerse, de su sobrino Jorge Edwards sobre "El inútil de Joaquín". Santo y bueno, pero señalemos dos hechos. El primero es que si alguien fue siempre ajeno a toda frivolidad, ese fue don Joaquín, quien, sin embargo, tuvo el reconocimiento debido, pues fue uno de nuestros primeros escritores en recibir el Premio Nacional de Literatura, en 1943. El segundo hecho es que Joaquín Edwards Bello es uno de nuestros grandes escritores. Escribió estupendas crónicas, que demuestran que aun esta forma por definición efímera de trabajo intelectual puede tener el sello de lo permanente, cuando se trabaja con oficio y con honestidad. Escribió también apasionantes novelas, en las cuales siempre se da una incursión profunda en aspectos centrales de la identidad chilena, contradictoria y compleja. En sus narraciones, Edwards Bello desnuda aspectos poco gratos, y aún vigentes, de nuestra vida. En "La chica del Crillón" aborda las inseguridades de la emergente clase media y la crueldad prejuiciosa de la clase alta. En "El roto", publicada originalmente como "La cuna de Esmeraldo", ahonda sin prejuicio en la sordidez de las clases bajas. En "el chileno en Madrid" y en "Criollos en París" se retoma el motivo clásico del desarraigo de los grupos pudientes, tan como antes lo hiciera Alberto Blest Gana en "Los trasplantados". Yo me quedo con "Valparaíso", originalmente publicada con el nombre de "En el viejo almen-dral". En esta novela, Edwards Bello entrega un jirón realista y humanizado de la identidad chilena vista desde los recuerdos de un porteño.

Aprovechemos, pues, que Joaquín Edwards Bello está de moda para leer, o releer, sus crónicas y sus novelas y para luego hablar de ellas en las tertulias y quedar como personas cultas y hacer que otros se tienten y traten de leer.

Andrés Gallardo